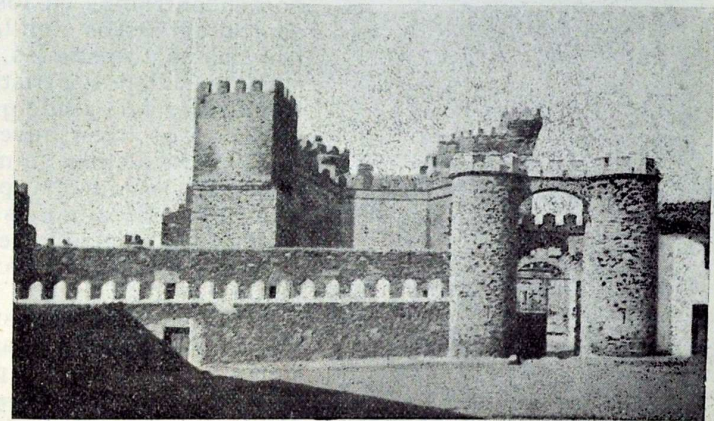


EL CASTILLO DE MONROY

COMO una visión de lejanos tiempos que al despertar de un sueño pudiéramos seguir contemplando, se ofrece al visitante este Castillo de Monroy, que cual otros muchos de la vieja Extremadura, son los mejores voceros de nuestro desaparecido poderío. No pocas veces he recorrido su interior, y muchas más me he detenido en mis paseos por sus alrededores para admirarlo. Y lo mismo de cerca que de lejos, de día que de noche, siempre me he sentido atraído por las sugerencias que despierta.

¿Exceso de fantasía? ¿Devaneos sobre un romanticismo ya trastrochado? No. La ingente mole que a larga distancia se destaca pre-



potente y señorial sobre la villa que lleva su nombre, no es, no podrá ser nunca mientras conserve algunas piedras superpuestas, sea cual fuere el aspecto en que se mire, las ruinas anónimas de un caserón deshabitado, ni simplemente el testimonio indestructible de un tipo de construcciones en desuso. Bastaría observar los restos del puente levadizo y del foso, poner los pies en sus patios, respirar unos instantes en el jardín del Moro, o, penetrando por el amplio portalón de su blasonada fachada, subir por la gran escalera de granito y recorrer el laberinto de sus estancias, para salir del equívoco. No. Este castillo, como los demás de su época que aún se yerguen sobre el suelo hispano, son más, mucho más que fortalezas en ruinas, porque representan capítulos petrificados de una historia, que por ser la nuestra, ni los años, ni los vendavales, parecen capaces de

destruir. ¡Qué pena verlos, ya sobre el abigarrado recinto de las ciudades y de los pueblos o en lo más agreste de los campos, envueltos en las neblinas del olvido, siempre solitarios y taciturnos, como espectros de una leyenda fantasmagórica que quisiéramos ahuyentar! ¿Y por qué?

II

MI VIEJO AMIGO

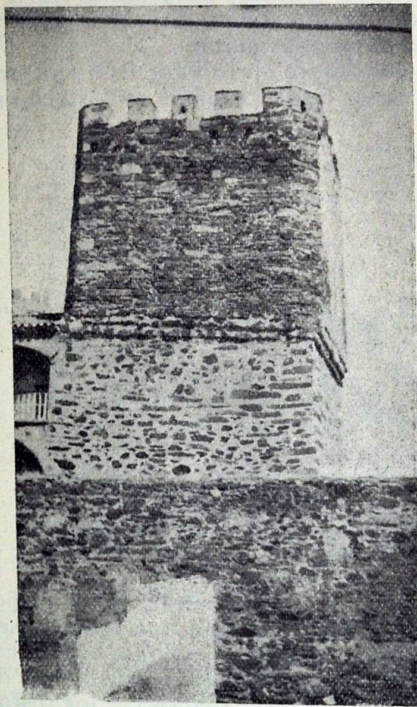
Los viejos castillos hablan, oí decir en cierta ocasión. Y es verdad. Hablan, ríen, lloran, y hasta se quejan amargamente, cuando el agua y el viento azotan sus requiebrajados muros. Pero lo hacen con tan-

to sigilo y tan bajito, que hay que ganarse su voluntad para escucharlos, y saberlos oír y sentir para comprenderlos. Yo diría que son como esos respetables ancianos, que a veces nos encontramos en los más apartados paseos o en las calles menos transitadas, casi siempre callados y tristes, viviendo más del pasado que del presente, si bien advertido, inútil para disipar su melancolía. La melancolía por lo que pasó, que es la más obsesionante ocupación del que ya poco le resta que contar sino recuerdo.

Así interpreto su existencia y así la considero, pasando por alto las rarezas y prejuicios de sus tiempos—todos los viejos los tienen—y hasta la adustez, la altanería, y el gesto retador de su continente, tampoco en absoluto ajeno a los que la fama o el poder encumbró. Con esto y con no perturbar su somnolencia con

comparaciones y citas, de los modos y las modas de nuestros días, es decir, usando de la misma táctica que emplearían nuestros niños para conseguir de sus abuelitos la codiciada golosina o el relato de un cuento, es fácil apoderarse del secreto en que se encubren las mil y una gestas que aprisionan, convertidas en sombras, bajo los escombros de su vejez.

De esta manera llegué a conocer el viejo castillo de Monroy. Y desde entonces, soy su amigo y confidente. Por esto le visito con

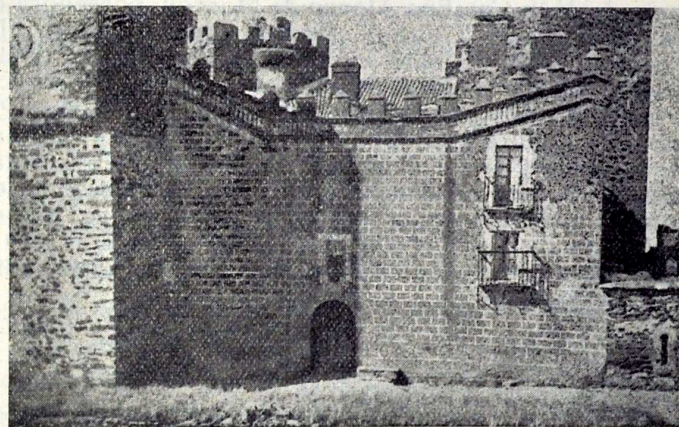


frecuencia, y a veces me paso horas enteras escuchándole. Sobre todo en las puestas de sol o durante la noche; cuando los campos preludian sus últimas sinfonías, y los espacios se pueblan de visiones. En estas horas, en las que aparece más comunicativo y locuaz, me contó gran parte de su historia, algunos de cuyos episodios me permito divulgar, en desagravio de su injusta postergación.

III

ORIGENES DEL CASTILLO DE MONROY

La primera confidencia, sucedió así: Al regresar una tarde de dar un paseo por el campo, me pareció violento cruzar cerca de mi viejo amigo sin saludarle. Y como lo pensé, lo hice. Pero muy pronto me



dí cuenta de mi inoportunidad, porque le encontré tan enfadado y colérico que, según me confesó después, había dado órdenes de no recibir a nadie. El motivo de tal enojo, estaba justificado. Había sido objeto de descortesías, que no estaba dispuesto a tolerar. Ante él se debía permanecer con alguna corrección y respeto. Por algo era quien era, a pesar de su vejez y achaques. Y como notara en mí cierta estupefacción, agregó: «Si amigo mío, aunque no me crean, soy más de lo que parezco, al revés de los que son menos que lo que representan. El encumbramiento de mi casa y familia no nació de una jugada de Bolsa, ni de una herencia, ni de eso que ahora llaman «estraperlo». Con lo que no quiero ofender a los que en tal caso se encuentran sino hacer ver la distancia que nos separa. Yo nací de una generación distinta. El origen de mi nombre se pierde en la lejanía de los siglos. El primer ascendiente de quien conservo referencias, don Vigil de Monroy, que veló en la cueva de Asturias con el infante don Pelayo, era hijo segundo del rey de Francia. Mi fundación,

así como la del pueblo que me rodea, datan del año 1309, por privilegio otorgado por don Fernando IV al Copero Mayor de doña María de Molina, don Hernán Pérez de Monroy. Más tarde, en 11 de Agosto de 1371, don Enrique II hizo villa a esta aldea, con facultad de tener horca en ella. El 15 de Octubre de 1501, Hernando de Monroy «el Bezudo», fundó el gran mayorazgo de esta casa a favor de su hijo don Fabián. Y el año 1634 fué elevado el mayorazgo a marquesado, en la persona de don Sancho de Monroy y Zúñiga, gobernador de la plaza de Cambray, en los Estados de Flandes.

Como vé, mi solera militar y elevada alcurnia no pueden tener mejores ejecutorias. En cuanto a la importancia y prestigio que llegué a tener en la Edad Media, así como la villa que lleva mi nombre, aparte de lo que queda dicho y por decir, dan testimonio los grandes pleitos sostenidos entre Plasencia y Trujillo, sobre a cuál de las dos jurisdicciones pertenecía, y el caso presentado con motivo del matrimonio de doña Catalina Alonso de Monroy, poseedora de esta gran casa, y don Mosén Guirao, camarero de don Enrique II, en el que este rey les autorizó para que el apellido Monroy lo siguiera usando la descendencia que tuvieran.

¿Que ignoraba o no presumía cuanto acabo de decirle? Pues en otra ocasión le seguiré contando mi vida. Hoy no puedo hacerlo. Me siento cansado y triste. Cansado de la excitación sufrida, ante las desconsideraciones de que he sido objeto. Triste, porque estoy cada vez más convencido de la total indiferencia que, en estos tiempos inspiran los seres de los que nada se puede esperar, ni temer.»

Y con el gesto grave del gran señor que pone fin a las audiencias del día, me despidió.

VICENTE ALBARRAN MURILLO



Desde la lejanía

(POEMAS)

Por ALFONSO ALBALÁ CORTIJO

Tercer volumen de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Literatura), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

POEMA DEL CIEGO

I

Sus manos finas, breves, inquietas, temblorosas,
buscaban el contorno, la forma de las cosas.

—«¿Cómo será este libro? ¡Quién pudiera leerlo!
Tendrá hermosas estampas, mas nunca podré verlo.»

E invade su alma ingenua vaga melancolía
porque en su larga noche nunca amanece el día.

Inconsciente, un suspiro se le escapa al pequeño.

Es que en sus manos tiene ¡un avión de ensueño!...

—«¿Cómo es este juguete? Contesta, madre mía.»

—«Yo no sé, hijo del alma... ¿Cómo te explicaría?

Tiene de ave la forma. Tal vez de mariposa»

y en sus brazos al hijo acoge cariñosa.

Mientras el niño ciego su rostro acariciaba

«¿Cómo será mi madre?» — en su interior pensaba —.

Y una voz misteriosa le decía

con cruel ironía:

¡Sufre de tu destino los antojos,

que no se hizo la luz para tus ojos!

II

Camina lentamente del brazo de su amada.

¿Qué mejor lazarillo tuvo nunca el amor?

Y aunque sus claros ojos miran, sin ver, las cosas
va sintiendo el paisaje que tiene en derredor.

El dosel que formaba la frondosa arboleda;

el verdor de los campos, salpicados de flores;

la alegría del sol que brilla deslumbrante,

que todo lo embellece con sus rojos fulgores.

Y allá lejos... muy lejos, velados por la bruma,